

## **Joanpere Massana. La piel de la obra de arte**

Es verdad que, como galerista, una se enfrasca en la búsqueda de artistas que posean un lenguaje personal, es decir, que no sean similares a otros artistas y tengan algo interesante que contar que dinamice el panorama artístico. Y sobre todo, que ese „algo“ no se haya contado ya con anterioridad de ese modo o de otro parecido, que sea nuevo y excitante y no suene a historia conocida o que incluya el recuerdo a otros artistas. Y la tarea de encontrar esos artistas es difícil porque, aunque son muchos los que ejercen, son muy pocos los que reúnen todas esas condiciones. Y, no solo eso. Después de encontrar una obra artísticamente interesante, queda la tarea de presentarla a un público entendido en arte y que éste, que en mi caso es el alemán, la acepte, aunque esté lejos de sus patrones culturales aprendidos. Todo ello hace que esta tarea sea complicada, pero cuando todas las energías llevan a buen puerto, entonces la compensación que uno recibe es realmente satisfactoria.

Para mí, Joanpere Massana se cuenta entre ellos. Él es un artista multidisciplinar que abarca campos diversos y de manera simultánea y complementaria, desde la pintura, el objeto escultórico e incluso la instalación. Pero, sobre todo, lo que le hace tan especial es que es un artista-poeta. Sus cuadros y objetos son poesías visuales, en los que va narrando todo aquello que quiere trasladar al espectador, de una manera sutil y al tiempo compleja. Para ello, se vale de un vocabulario personal que ha ido desarrollando y enriqueciendo a lo largo de su trayectoria. Hay símbolos que se repiten, textos escritos, formas concretas que reutiliza. Poco a poco, nos va desvelando todo su mundo personal a través de los elementos presentes en sus cuadros y con la sensibilidad que le caracteriza.

Describir su vocabulario de símbolos es una tarea apasionante. Se parece a ir descifrando un lenguaje desconocido, con el que muy lentamente nos familiarizamos hasta que llegamos a entender su mensaje. Así pues, encontraremos naves en sus cuadros que simbolizan travesías y que tienen su paralelismo con la trayectoria vital del ser humano. También otro elemento habitual es el agua, símbolo de todo lo vivo, que se presenta en forma de gota, lluvia o mar sobre el que se mueven las naves. El agua es transmisora de vida, y se arrastra incansablemente por su cauce y en su movimiento explica igualmente el tiempo que pasa y nunca se detiene. Puede condensarse en nube o, por el contrario, vaciarse en forma de lluvia.

Con flores y tallos el artista expresa la juventud y el crecimiento, la potencia de la vida y, al mismo tiempo, la fragilidad que ésta arrastra. Las flores le sirven al artista para presentar un diálogo de contrastes, desde la belleza de la edad temprana a la transformación en madurez. La salud y la enfermedad. La tristeza de lo añorado y la imposibilidad de la eternidad. Las hojas de los vegetales muestran sus nerviaciones y se convierten en labios, células o materia. Los frutos y bulbos que nacen de la tierra, primero invisibles y luego poderosos, son símbolos de lo inesperado, de lo no previsto, de lo incierto. Pero también de lo estable, de lo que se asienta en el suelo con fuerza.

Con elementos numéricos (0,1,2,3) alude a lo contable, la evidencia, la ciencia, el inicio, el arranque, la energía, o el lenguaje de las computadoras. Utilizando las letras del alfabeto, bien aisladas, bien en repertorios completos o incluso formando frases, quiere mostrar pensamientos completos. El artista se apoya en el texto escrito para verbalizar sus sentimientos y vivencias, su necesidad literaria. Otros elementos menos concretos son las pinceladas de colores básicos: amarillo, azul, rojo. O sus combinaciones de verde, violeta y naranja. Muestran las herramientas del pintor, con las que ajusta su lenguaje, pues el color es símbolo de su quehacer profesional, su herramienta abstracta con la que llevar a cabo sus ideas.

Entre los objetos que emplea, están los alusivos a la infancia, como esos peluches a los que uno se amarraba en su tierna edad para pasar las noches oscuras, elementos de apoyo para ir creciendo y asimilando el futuro. Muy personales son las escaleras y las agujas imperdibles, que sirven al artista

para alcanzar metas y sueños y una vez alcanzados no dejarlos escapar enganchándolos fuertemente a su presente. A veces incluye ánforas, que son símbolos contenedores de culturas mediterráneas sumergidas en las profundidades marinas, emblemas de la tradición y la sabiduría, de la educación como tesoro de la sociedad, tan a menudo invisible y escaso. Elementos queridos son las casas y almenas de castillos, en los que representa el hogar a donde volver, la seguridad, el abrazo de la madre, el lugar donde refugiarse de las inclemencias vitales y sentirse en armonía.

Pero Massana utiliza también partes del cuerpo humano en sus obras: pies que van dejando huellas o manos que atrapan con fuerza. A veces, vemos formas redondeadas que simbolizan el huevo, el inicio de la vida, de la célula y sus divisiones, las mitosis y meiosis de las formas de vida. El inicio, el proyecto, el plan de vida, el análisis imaginario de lo que va a ser, del desarrollo, la esperanza. O recurre a presentarnos otros seres vivos como aves, que al volar desaparecen en las alturas, y con las que quiere expresar los anhelos y todo lo efímero y difícilmente alcanzable.

Y todos esos elementos se combinan entre sí de manera interminable para narrar historias y coleccionar vivencias. Se entretajan en la superficie pictórica y forman la piel del cuadro o del objeto escultórico, de la obra de arte. ¡Y qué piel! Porque aquí, sí que radica la originalidad del artista, en la manera de conformar la piel de sus obras: la superficie se transforma en áspera y dura o en suave y dulce. Puede ser plana o volumétrica y agujerearse sin piedad, o permitir ser acariciada con bondad. Es con el uso del color, de los materiales que emplea y los temas descritos, con los efectos de sus collages y los motivos tridimensionales, con lo que da realmente fuerza a sus creaciones. En ese momento del acto creativo, el artista combina todos los elementos como el director de una orquesta dirige a sus músicos: todo debe ir en la dirección de construir la obra, que sea armoniosa, sin estridencias altisonantes, con contrastes, con fuerza y al mismo tiempo con delicadeza. Todo simultáneamente, en una tarea titánica para dominar los elementos y construir el mensaje artístico.

De manera similar, pero añadiendo la tridimensionalidad, sus esculturas y relieves o ensamblajes, como al artista le gusta llamarlos, combinan los mismos elementos que sus cuadros, en un alarde de texturas y formas. Especialmente arriesgadas son sus instalaciones, en las que añade un instrumento más a su orquesta: el espacio que sirve de marco a la obra. A Massana le motiva el espacio en el que presentar su obra, a veces, incluso es el punto de partida creativo, el elemento primordial que provoca la cadena de reacciones que se transformará en conjunto artístico. Su formación escultórica le apoya en esa empresa de dominar los volúmenes y los huecos, el espacio presente y el ausente. Y es ahí, en sus instalaciones, donde se suman todas las variantes tridimensionales, creando espacios transitables y vivibles.

Y luego está su manera de presentarnos los temas, agrupados en libros que titula como el libro del agua, de las marionetas, de los árboles, de Martí o de Jana, sus hijos, o de las flores por poner ejemplos. El libro es la forma alegórica ideal de recoger los poemas visuales preparados para la lectura y destinados a las generaciones presentes y futuras. Y es ese libro imaginario, contenedor de todas las metáforas posibles, el que se presenta como poemario al espectador, para que éste pueda recorrerlo y descifrarlo, sentirlo y emocionarse.

En la época actual de la imagen en miniatura que nos muestran los móviles, y con la que creemos tener una impresión del mundo real, es excepcional encontrar artistas con ese intenso trabajo en la piel de la obra y con matices tan especialmente emocionales como los de Joanpere Massana. Es prácticamente imposible percibir su rico y complejo mundo sino se observan las obras en directo. Es el encuentro frente a frente, el diálogo con sus obras, el que puede cambiar nuestra sensibilidad y nuestra manera de conocer el mundo a través de la obra de un artista internacional como él. Conectarnos a ese discurso y dejarnos empatizar por las sensaciones de sus poemas y su arte, nos

llevará a descubrir cosas nuevas en nosotros mismos que creíamos olvidadas o que estaban quizás a punto de nacer en nuestra existencia.

Carmen González-Borràs

*Directora de la Galerie 100 Kubik en Colonia y crítica de arte.*